

NOCTURNO INICIAL

En la escalera me crucé con un grupo de muchachas que bajaban a saltos, riendo y alborotando la casa. Al llegar al descansillo me volví para mirarlas. Eran cuatro, la mayor no pasaría de los quince años. De pronto me dí cuenta. ¡Claro!, eran las niñas del tercero, pero ya sin sus trenzas, sin sus uniformes de colegialas. ¡Cómo habían crecido! Tampoco ellas me reconocieron, ni siquiera se fijaron en mí, habían pasado como un torbellino atropellándose; persiguiéndose entre risas.

La puerta de nuestro piso estaba abierta; al menos no recuerdo que usara la llave.

Seguí escuchando los gritos y las risas de las muchachas, pero ahora me llegaban desde el portal. Al entrar en el vestíbulo, se hizo un gran silencio. Fui avanzando despacio, cruzando habitaciones, sobrecogida por el abandono y la soledad de la casa. De pronto sentí frío. Entonces me dí cuenta de que uno de los balcones estaba abierto. Era el del comedor, el que daba a la terraza. Entré a cerrarlo. La mesa estaba cubierta por un viejo tapiz persa; alguien pensó resguardarla así del polvo. También la vista del tapiz me sorprendió; hacía años que su recuerdo había desaparecido de mi memoria. El viento agitaba uno de los picos. Era la única sensación de vida, de movimiento. Me detuve sin acercarme y miré sus arabescos rojos y azules. Recordé haberlos seguido muchas veces con mis dedos cuando niña. El tapiz estaba entonces en el gabinete y sus colores eran más vivos. ¡Cuántas cosas desaparecidas, borradas! Es cierto que las reconocía enseguida, pero extrañada de no haberlas echado de menos durante tanto tiempo. Oí una voz lejana y me volví. Ante mí estaban todas las habitaciones con sus puertas de par en par: el salón, el gabinete, las alcobas; una, otra, otra... La última, allá en el fondo, era la de mi madre. Sabía que la casa terminaba allí. Podía verlas sin obstáculos de paredes, pero envueltas en una luz difusa, como si estuvieran detrás de un cristal empañado.

La voz insistió con acento muy dulce y empecé a caminar hacia ella, venía de la última habitación, de la de mi madre. Al entrar reconocí la lámpara, las cortinas, las líneas oscuras del lecho. Lo único extraño era la tarima sobre la que estaba colocada la cama, pero no le dí importancia. Tenía dos escalones y estaba cu-

bierta por una alfombra roja. En el segundo escalón había alguien sentado. Aunque no veía su rostro, sentí que me extendía sus brazos. Avancé y me dejé caer muy cerca, casi a sus pies, en el escalón inferior. Intenté acercarme más para reclinar la cabeza en su regazo, pero no pude. Nos separaba un gran dolor: un dolor cuadrado, frío, como un bloque de hielo. Los brazos volvieron a extenderse:

—Ven, ven, —repetían sin cesar—, tengo que abrazarte por lo que no pude hacerlo en todo este tiempo.

—¿Tiene que ser aquí, en la alcoba de mi madre?

Y alcé la vista hasta la cama. Desde el escalón no lograba ver el fondo, el alto tablero me lo impedía. Tampoco me esforcé por conseguirlo. Sabía que la cama estaba vacía, pero sentí crecer el hueco y quise hablar, preguntar por ella. Un sollozo ahogó la pregunta. Ya sólo podía llorar, llorar angustiosamente. Las lágrimas caían sobre aquel bloque de hielo, se deslizaban lentas marcándole unas huellas imperceptibles. Miré hacia el balcón con la esperanza de que su luz, más clara, me ayudara a comprobarlo, pero la alcoba continuó envuelta en un gris brumoso. Nada importaba ya. Comprendí que tenía que seguir llorando hasta que las huellas se hicieran profundas, hasta que las lágrimas surcaran el bloque como canales y se incrustaran en el fondo; hasta que el hielo se derriera.

CONCHA LAGOS

